

El discurso del Poder Popular en Venezuela: Mitos y realidades de la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez*

José Guillermo García Chourio*

Abstract

The discourse of class struggle that has been attributed to the revolutionary Venezuelan process is an insufficient sample to be able to understand the political identities and alteration arisen during this evolution. Considering the orientation of the left-wing presented by the regime, this work analyzes the speech of the "popular power" of the so called Bolivarian Revolution, putting emphasis on the new logics and dynamics of integration and social and political exclusion that have been generated during the governments of Hugo Chávez, as much in the symbolic level as on the material level. This revolutionary speech of the popular power has been employed, beyond any socialist ideological paradigm, to support the building of social differentiation patterns between the people, which have created a worrying state of political and social intolerance. This context has been reinforced by the restrictions produced by state-citizen relationship where the intermediation through political clientelism and populism gives privileges principally to those persons loyal to the project of revolution.

Keywords: Political discourse, populism, Bolivarian revolution, popular power, negative clientelism, political identities.

Introducción

Más que por la legitimidad derivada de un rendimiento gubernamental exitoso y significativo, los gobiernos de Hugo Chávez Frías han estado sustentados en una enorme legitimidad de origen como consecuencia del permanente contexto electoral que ha caracterizado en los últimos doce años a la democracia venezolana. Dentro de ese escenario, muchas veces inducido por el propio gobierno, la actitud del Presidente ha sido siempre la desarrollar y

* Este artículo está basado en los papeles de trabajo de las clases dictadas en la Universidad de Aarhus en el semestre de la primavera de 2009. El autor agradece el apoyo financiero del Coimbra Group en el marco del Programa que permitió su estancia como investigador visitante en dicha Universidad danesa.

* Maestro en Ciencias Políticas. Candidato a Doctor en Gobierno y Administración Pública [Universidad Complutense de Madrid]. Profesor de la Maestría en Dirección y Gestión Pública de la Escuela Superior de Gobierno Local [Unión Iberoamericana de Municipalistas]. Becario del Programa Universidad Santiago de Compostela para Investigadores de América Latina. E-Mail: <joseguillermo.garcia@usc.es>

mantener un discurso potenciador de divisiones sociales y políticas, más propio de las campañas electorales que de un gobierno constituido, el cual debe procurar la generación de tramas discursivas que promuevan la unidad y el acuerdo para así poder llevar adelante la gestión del Estado.

Sin entrar a valorar en esta oportunidad si ha existido o no capacidad y disposición de los sectores opositores a Chávez para negociar ganancias y pérdidas con arreglo al proyecto político de este, un factor que ha contribuido en la profundización de las divisiones sociales en Venezuela son las nuevas lógicas y dinámicas de inclusión y exclusión social y política, que se han desarrollado al amparo del discurso “Poder Popular” de la llamada Revolución Bolivariana, las cuales han comprometido seriamente la convivencia social de un país acostumbrado hasta hace muy poco tiempo a la ausencia del conflicto abierto y permanente.

En su doble papel de Presidente y candidato, Chávez ha proyectado siempre un agresivo discurso que trasciende el acostumbrado cuestionamiento a los partidos tradicionales y al modelo neoliberal, llegando inclusive a la crítica de la propia estructura social pero no solo por sus inequidades manifiestas, sino también por su carácter y *habitus* de clase media. Frente a todo ello, Chávez ha erigido como referente de su discurso a lo “popular”, extremando sus límites conceptuales al punto de generar en el imaginario colectivo una resignificación unívoca del término sobre la base de las condiciones materiales de existencia de la gente, con lo cual lo “popular” no responde a pueblo sino exclusivamente a sectores sociales pobres.

Se podría argumentar de forma práctica que en Venezuela, dado los altos niveles de pobreza, hablar de pueblo es lo mismo que hablar de pobres. Sin embargo, esa noción restringida de lo popular, ha servido de base para edificar en el conjunto de la población nuevas alteridades con una enorme carga de conflicto entre un “ellos” y “nosotros” no siempre circunscrito únicamente a una cuestión de clase, lo cual lleva a pensar en la existencia de otros patrones identitarios que también están determinando las posibilidades de inclusión o exclusión social y política dentro del proyecto de sociedad planteado por Chávez con su Revolución Bolivariana.

Sin dejar de considerar el componente de clase que gravita en torno al discurso del poder popular de la Revolución Bolivariana, este trabajo describe la dimensión simbólica y material de dicho discurso, poniendo énfasis en los criterios de reconocimiento y discriminación social y política argumentados en el mismo, los cuales no sólo se encuentran expresados en los actos de habla de Chávez y representantes del chavismo, sino también materializados en los procesos de rearticulación Estado-sociedad de los sectores incluidos y excluidos dentro del proyecto de revolución.

1 Estado de la cuestión sobre el discurso chavista

El interés académico por el discurso chavista¹ comenzó hace más de una década (Molero, 1999; Bolívar, 2001a) y ha ido creciendo conforme se ha mantenido la popularidad y el arrastre electoral del presidente (Molero, 2002; Barrera, 2003; León y Romero, 2008), muy a pesar de los bajos rendimientos de su Revolución Bolivariana en la reducción de la pobreza y en la mejora de la calidad de vida de los venezolanos². Ante estas paradójicas circunstancias, muchos autores han dedicado esfuerzos importantes en analizar las características de dicho discurso, bien sea como fenómeno específico de estudio para buscar entender el poder y la hegemonía desarrollada por esa trama discursiva (Galluci, 2005; Romero, 2006; Colina, 2006), o como un rasgo más dentro de conjunto de elementos a partir de los cuales se atribuye a los gobiernos de Chávez un carácter populista y autoritario (Arenas, 2007; Álvarez, 2008).

Además de tales diferencias en torno a la delimitación del objeto, es posible distinguir el uso de dos corrientes interpretativas con fines muy específicos dentro de la literatura sobre el tema. Por un lado, se encuentra aquella dedicada al análisis pragmático y semántico del discurso chavista (Molero, 2002; De Erlich, 2005; Domínguez, 2008) en un esfuerzo por desvelar, a partir de sus características lingüísticas, narrativas y argumentativas, los significados y sentidos adquiridos por este discurso dentro contexto social y político venezolano. Mientras que por el otro lado, está la interesada en el examen crítico de las lógicas de equivalencia y diferencia desarrolladas por el discurso chavista para la construcción hegemónica de un proyecto sociopolítico radical, antipartidos tradicionales y autodenominado de izquierda (Romero, 2005; Acosta, 2007; Lazo, 2007).

Ambos enfoques interpretativos coinciden en señalar el carácter personalista de dicho discurso en el sentido de establecer y reproducir una relación directa entre Chávez en cuanto líder de gran carisma y la masa de ciudadanos seguidores de su proyecto revolucionario, aspecto que ha buscado no pocas veces ser resaltado como un inédito rasgo distintivo de proximidad e identificación del presidente con los sectores más desfavorecidos de la

¹ Si bien el discurso chavista tiene como principal protagonista a Hugo Chávez por su papel como figura esencial del movimiento político que encabeza, cuando hacemos referencia a este tipo de discurso no lo estamos limitando a las alocuciones de su líder, sino también incluimos las de aquellos miembros principales y representativos del Chavismo, quienes muchos de ellos pertenecen al Partido Socialista Unido de Venezuela [PSUV], creado a finales de 2007.

² Pese a la mejora relativa de ciertos indicadores sociales, como es el caso de la disminución de pobreza extrema en un 10% entre 1998 y 2008, el país sigue presentando un elevado deterioro social de las condiciones de vida de la población, expresado en un salario mínimo mensual que apenas alcanza los 360 dólares americanos a tasa de cambio oficial, en unos servicios públicos de salud hospitalarios y de educación primaria y secundaria regular ineficientes y con una planta física en franco abandono, en unos alarmantes niveles de inseguridad y delincuencia urbana, en un elevado índice de inflación, el más alto de América Latina, con más de un 25% para el año 2010. Véase al respecto, el Índice Nacional de Precios al Consumidor (INPC), Banco Central de Venezuela: www.bcv.org.ve

población, pero que al final no dista mucho del discurso y comportamiento que tuvieron los líderes tradicionales de la democracia de partidos fundada en 1958 (Méndez y Morales, 2001; Acosta, 2004).

Dentro de ese interés por subrayar los rasgos particulares del léxico chavista, la generalidad de los estudios del discurso también destacan como en dicho propósito oficialista, de promover y mantener una cercanía e identificación con el ciudadano común, se registra una recurrente apelación al “pueblo” como recurso discursivo que pretende ganar legitimidad en torno a las acciones del gobierno. Este elemento, no obstante, que otros análisis han sumado simplemente al grupo de indicadores para definir –siguiendo el esquema teórico de rigor– a Chávez como un populista, condensa el fuerte contenido simbólico sobre el que en gran parte descansa el liderazgo del presidente, quien ha sabido canalizar el descontento de amplios sectores sociales, movilizándolo en una especie de revitalización política de signo no siempre positivo, tal como veremos más adelante.

Bajo el acostumbrado lenguaje populista de enarbolar al pueblo como figura cándida a ser reivindicada por la Revolución Bolivariana, el discurso chavista se fundamenta en torno a una carga emocional significativa, que para Rey (2005) llega hasta el extremo de una peligrosa demofilia donde se ven desalojados los procedimientos e instituciones de la propia democracia a favor de criterios afectivos en las relaciones Estado-sociedad. Tal encuadramiento de lo político en plano de las emociones, puede que explique la creciente utilización de la palabra “odio” como una categoría analítica en algunos estudios que buscan entender el estilo agresivo e insultante del discurso de Chávez (Dávila, 2002; Hernández, 2002; Pino, 2004; Aniyar, 2008; Pino, 2008), elemento que ha sido considerado como un factor coadyuvante de la enorme polarización política suscitada en Venezuela durante la última década.

El desarrollo de un lenguaje ofensivo y degradante hacia cualquiera que sea considerado un oponente del proyecto revolucionario de Chávez ha sido un aspecto de enorme preocupación desde muy temprano entre algunos analistas del discurso (Madriz, 2000; Bolívar, 2001b; Chumaceiro, 2003), quienes además de haber descrito los principales rasgos lingüísticos de este estilo discursivo también han señalado el empleo deliberado del mismo con fines centrados no solo en desacreditar a los adversarios políticos del Presidente, sino también en descalificar a aquellos sujetos colectivos e individuales que han sido contrarios a las políticas de sus gobiernos, reuniendo simbólicamente en un grupo social unívoco a todo opositor, el cual al final es concebido como enemigo de la revolución.

El insulto como recurso discursivo para deslegitimar a todo aquel actor de oposición a Chávez y a su propuesta ideológica, ha alcanzado cotas que trascienden los límites del escenario político venezolano. Al respecto, algunos estudios (Bolívar, 2008; Álvarez, 2008) muestran la dimensión internacional de la estrategia discursiva del insulto empleada por el

Presidente, la cual no limitada a la construcción y mantenimiento en el plano simbólico de un enemigo interno, se adentra en una descalificación hacia gobernantes de otros países, contra quienes y mediante el uso recurrente de la agresión verbal son demonizados como conspiradores que pretenden subvertir el curso gubernamental otorgado a la democracia en Venezuela con la llegada de Chávez al poder, que se supone orientado por una concepción “participativa y protagónica” del pueblo.

Ante esta lógica discursiva del Chavismo, que por un lado expresa una confrontación insultante contra quienes son considerados no afines a su orientación política revolucionaria, y por lado, alienta la convocatoria y defensa de un supuesto modelo protagónico y participativo de la democracia bajo un esquema de organización social llamado Socialismo del Siglo XXI³, los estudios del discurso registran algunas debilidades en cuanto a ciertos aspectos del fenómeno que no han sido considerados, debido a la enorme preeminencia que ha tenido la perspectiva del emisor en los análisis realizados hasta ahora. Centrados principalmente en las características del discurso así como en sus sujetos emisores, muchos de estos estudios han obviado importantes variables de contexto, a cuya atención hemos puesto en otro lugar (García y González, 2009), dado que son explicativas del éxito del discurso chavista en su nivel ascendencia sobre grandes sectores de la población⁴.

Producto de ese entusiasmo descriptivo por el discurso chavista desde el ángulo del emisor, la literatura ha relegado también a un plano muy secundario el análisis de receptor, descuidándose principalmente el estudio sobre los efectos que este discurso ha tenido en la población venezolana como sujeto destinatario del mensaje. En esta dirección, no se registran esfuerzos sistemáticos que den cuenta de la contribución del discurso chavista en el desarrollo de los nuevos y agudos clivajes políticos y sociales que se manifiestan cada vez más en el país, los cuales parecen no corresponder a una coherencia ideológica bajo el eje izquierda y derecha (García, 2003), sino a un conjunto de desencadenantes afectivos derivados de la crisis institucional del sistema político durante finales del siglo XX y que con los gobiernos de Chávez han sido canalizados y reconducidos por este a favor de su proyecto de izquierda, sobre la base de una nueva articulación discursiva que redefine lo popular desde una dimensión simbólica y material como referente básico de la Revolución Bolivariana.

³ Desde una perspectiva conceptual y programática general, véase, Dieterich (2002). En cuanto a su particularidad en el caso venezolano, consúltese los trabajos coordinados por López Maya (2007) de un grupo intelectuales orgánicos del Chavismo.

⁴ No debemos olvidar que en el significativo arraigo social logrado por el discurso chavista, además de la tan aludida crisis de los partidos tradicionales como variable contextual, ha sido determinante –en medio de la progresiva personalización de la política– el desarrollo de un imaginario colectivo centrado en la necesidad de un ejercicio autoritario para la consolidación de la estabilidad política, haciendo recordar la tesis del «cesarismo democrático» esbozada por Laureano Vallenilla Lanz a principios del siglo XX.

2 Trayectorias afectivas: del descontento y la apatía política al entusiasmo político

A tan solo veinte años de instaurada la democracia⁵, la sociedad venezolana comenzó a experimentar un progresivo descontento político hacia los gobiernos electos desde 1978 en adelante, siendo ello consecuencia de los bajos rendimientos de estos para satisfacer las expectativas de vida de una población ya acostumbrada desde inicios del régimen a un efervescente proceso de ascenso y movilidad social. No obstante, la gente siguió mostrando un fuerte apoyo al sistema democrático hasta comienzos de la última década del siglo XX, cuando las asonadas militares del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992 encontraron un fuerte respaldo en la ciudadanía que evidenció sorpresivamente la inclinación del venezolano hacia salidas autoritarias como alternativas válidas de gobierno para resolver los ingentes problemas sociales surgidos y agudizados durante el propio régimen democrático.

Como dimensiones actitudinales de la democracia, el descontento político, la desafección política y legitimidad democrática son, en términos conceptuales y empíricos, tres fenómenos distintos y relativamente autónomos uno del otro (Montero y Torcal, 2006). Sin embargo, ello no restringe a que la aparición de alguno de estos estados emocionales en el grueso de ciudadanos pertenecientes a una determinada sociedad, esté precedida por la existencia previa de otro de ellos, o que puedan darse los tres de forma sucesiva o simultánea, así como que ninguno de ellos limita aquellas determinantes que condicionan en cierta medida el surgimiento en paralelo o posteriori de los restantes.

Sin pretender establecer una visión teleológica ni mucho menos un movimiento cíclico en cuanto a la aparición y recorridos de estas dimensiones actitudinales, solo se busca exponer que la sociedad venezolana ha atravesado en las últimas tres décadas, casi en orden de trayectoria, por un creciente descontento político hacia los gobiernos de turno, a lo cual se sumó progresivamente el desarrollo de una profunda desafección del ciudadano hacia la política y lo político, cuyo estado de alienación y apatía no limitó a que gran parte de la población pusiera en tela de juicio a la democracia como el “único juego posible”; actitudes negativas, que sin embargo al final y durante lo que va del siglo XXI, se han replegado a partir de un nuevo reconocimiento ciudadano por lo político y por la democracia, surgido en el marco de la enorme beligerancia política que se ha impuesto en Venezuela tras la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de la república.

⁵ El establecimiento del régimen democrático en Venezuela tiene al año 1958 como fecha referencial, año en el que finalizó el último gobierno autoritario no electo de la historia del país. Desde entonces, se han constituido nueve gobiernos electos a través de voto universal, directo y secreto.

En un principio, el tradicional voto castigo que había facilitado la alternabilidad en el poder de los dos grandes partidos tradicionales (Acción Democrática y COPEI), comenzó a dar paso a un descontento político generalizado de la población hacia los respectivos gobiernos de estos partidos durante el decenio de 1978 a 1988. La baja eficacia en que cayó el sistema político bipartidista para responder a los problemas económicos y sociales que se fueron acumulando, en parte por la caída gradual de los precios del petróleo en el mercado mundial a lo largo de ese período, derivó en una profunda insatisfacción política del ciudadano para con unas élites gobernantes, producto de la imposibilidad de éstas para continuar manteniendo un esquema de intermediación entre el Estado y la sociedad basado en la transferencia indiscriminada de recursos sustentada hasta entonces en unos enormes ingresos provenientes de la renta petrolera.

Pese a los agudos problemas de la economía, los gobiernos forzaron a mantener dicho esquema de intermediación hasta casi alcanzar la última década del siglo XX, excluyendo progresivamente a más sectores sociales de aquellos beneficios que gozaron desde comienzos de la democracia. Debido a las enormes dificultades fiscales y de endeudamiento externo del Estado, para poder proveer tales beneficios a que los estaba acostumbrada una sociedad con expectativas de crecientes dimensiones en cuanto a gasto y consumo, se fueron reduciendo de manera considerable los segmentos de la población que podían acceder a los cada vez más escasos recursos estatales, con el correlato aumento del desfase entre tales expectativas sociales y la capacidad del sistema político para satisfacerlas.

Con líderes que llegaban a la presidencia de la república bajo un aura de falaces promesas de gobierno, las cuales irresponsable se ajustaban al talante de las crecientes expectativas de una sociedad mesocrática como la venezolana, era de esperarse que en medio de los enormes problemas fiscales del Estado se hiciera cada vez más corta la *luna de miel* entre el gobernante electo y la población. A raíz de la gran desilusión causada por el preponderante incumplimiento de tales promesas y frente a la habitual aspiración ciudadana de movilidad y ascenso social ilimitado, cuya posibilidad de logro había sido siempre el gran valor utilitario de ese sistema político bipartidista, la frustración colectiva por la incapacidad de los gobernantes para atender a esta tradicional demanda, se tradujo en una elevada aversión y animosidad hacia el sistema mismo, que en otrora había procurado respuesta a dicha demanda mediante unas políticas redistributivas de sus dividendos como país exportador de petróleo.

En medio de ese enorme descontento por el bajo rendimiento gubernamental se fue gestando también a finales del siglo XX una profunda desafección hacia la política, expresada no solo en una elevada desconfianza a los partidos políticos y a los poderes públicos, sino también hacia otras instituciones políticas y sociales, como sindicatos y organizaciones

empresariales, quedando únicamente con cierto grado de aceptación por parte de los venezolanos, la iglesia católica, los medios de comunicación y las fuerzas armadas, siendo éstas últimas las que adquirieron mayor protagonismo a raíz de los dos intentos de golpes de Estado, los cuales, por encima de su dramatismo en cuanto ruptura violenta del orden constitucional, terminaron de poner de manifiesto el creciente desencanto con la democracia.

Aunque si bien es cierto que la desafección política en una sociedad puede ser relativamente autónoma frente a crisis de la legitimidad democrática, en el caso venezolano ambos fenómenos se hicieron presentes de forma casi simultánea, generando en gran parte de los ciudadanos un profundo estado de aversión hacia el sistema político y de abandono del régimen democrático. De ambos sentimientos colectivos, sólo el último comenzó a ser revertido –en una primera etapa– a partir del tono crítico hacia los partidos tradicionales y del enorme personalismo que encarnó el segundo gobierno de Rafael Caldera (1994-1999), cuya estrategia paradójicamente ayudó a oxigenar un poco al régimen después de haber estado entrampado en gobiernos de baja legitimidad resultantes de una crisis de sucesión presidencial, donde incluso se llegó a tener un presidente por 24 horas.

Al favorable ánimo ciudadano que durante esos años se volvía a construir en torno a la democracia como mejor forma de gobierno, no acompañó, sin embargo, el interés por la política y lo político, manteniéndose un sentimiento adverso que se hacía patente en las altas tasas de abstención electoral. Pese a que la mayoría de la gente ya empezaba a distinguir entre la democracia como régimen de libertades en tanto modelo ideal a seguir y el rendimiento gubernamental de los respectivos gobiernos electos y, por ende, ha hacer una valoración distinta de ambos fenómenos, la política continuaba teniendo una imagen negativa en el imaginario colectivo de los venezolanos, cosa que sólo comenzó a cambiar con la entrada en el ruedo político de Hugo Chávez, quien a través de un efectivo discurso movilizador de masas, generó un nuevo entusiasmo por la política, el cual se había perdido en las dos últimas décadas de la democracia de los partidos tradicionales.

3 De la retórica populista conciliadora al populismo con un discurso polarizante

La crisis de la democracia de partidos en los años finales del siglo XX, la cual como “...acontecimiento dislocatorio lleva a la articulación antagónica de diferentes discursos que intentan simbolizar su naturaleza traumática...” (Stavrakakis, 2008:115), fue el punto final de una serie de desencadenantes afectivos en la población hacia el status quo, que alimentados por los distintos discursos de cuestionamiento sobre la situación vigente supusieron en un principio el reemplazo del –muchas veces típico– sentimiento de insatisfacción con los gobiernos sucedidos hasta entonces por una especie

desafección colectiva hacia estos por su conducta en el manejo del Estado, aversión que transformó el tradicional voto castigo bajo el cual se hacía efectiva la alternabilidad del bipartidismo hegemónico de Acción Democrática y COPEI en una letal condena sobre esta forma de funcionamiento del sistema democrático.

Valiéndose de esa enorme desafección ciudadana, Chávez entra en la competencia electoral en 1998 mediante un agresivo discurso antisistema y se posiciona con enorme éxito como fuerza antagónica frente a quienes defendían el funcionamiento de la democracia bajo dominio de los partidos tradicionales. Para ello, Chávez se valió de argumentos que no solo expresaban reconocimiento y simpatía hacia aquellos sectores sociales mayormente perjudicados por el estilo de gobernar de esos partidos, sino también de su capacidad discursiva para empatizar con la población a través de construir una imagen de similitud con el ciudadano común en donde uno de los referentes principales de unidad y correspondencia entre ambos ha residido en esa animosidad hacia la manera como las organizaciones partidistas habían gobernado el país.

Tras llegar a la presidencia, Chávez potencia su discurso en torno a lo que él llamaría el “poder popular”, cuyo principio fundamental es la defensa – en oposición a la democracia de partidos- de un supuesto modelo de democracia basada en el papel protagónico de la gente, principalmente de los pobres, pero en donde viene implícita una singular redefinición de la pobreza en la que esta es relativizada como condición negativa de la persona al considerarse dentro de la retórica revolucionaria que el ser pobre es un estado social digno así como fuente de sinergia para la transformación del país con arreglo al proyecto sociopolítico de la Revolución Bolivariana, proyecto que años más tarde Chávez encuadraría dentro de la tesis del Socialismo del Siglo XXI.

Sobre el enorme personalismo de Chávez como líder supremo del proyecto político, el discurso chavista además de haber tenido casi siempre como único referente a los pobres, también ha servido para la construcción de patrones de diferenciación social y política de enorme centralidad identitaria a partir del reconocimiento de la pobreza como condición redentora de la Revolución Bolivariana. Esto se traduce en que el discurso revolucionario de Chávez, además de estar orientado a subrayar a los sectores pobres de la población como objeto de atención del gobierno, los ha designado como el sujeto histórico para llevar adelante la reforma de la democracia en particular y el cambio de la sociedad venezolana en general.

Si bien la mayoría de los análisis sobre la llamada Revolución Bolivariana han señalado este componente de clase, subrayando con ello el desalojo de los sectores medios como protagonistas del proyecto democrático fundado en 1958, es poco lo escrito sobre el pauperismo que engendra esa retórica del discurso chavista (Peñañiel, 2003; Domínguez, 2008), fundada en

enaltecer al pobre con miras a movilizarlo políticamente a favor de legitimar un régimen que promueve el desclasamiento y desacredita cualquier expectativa social que suponga como aspiración individual el alcance de riqueza material, orientaciones que sin embargo al final han encontrado una notable resistencia en un país con una arraigada socialización de valores y hábitos de consumo del capitalismo.

Pero lejos de ese común encuentro de la sociedad venezolana en cuanto a los valores y hábitos capitalistas, el discurso chavista ha construido un orden simbólico positivo y diferenciador sobre el proyecto sociopolítico liderado por Hugo Chávez en oposición no sólo al modelo democrático fundado por los partidos tradicionales, sino incluso con respecto a todo aquello no alienado a la Revolución Bolivariana. Esta situación ha generado entre los venezolanos una nueva alteridad política muy particular, encerrada bajo los antagónicos términos de “chavista” y “escuálido”, donde principalmente éste último posee una elevada carga peyorativa en vista de haber sido adjudicado por el propio Chávez a sus opositores para referirse a ellos de forma negativa.

Un aspecto preocupante de esta gramática discursiva del chavismo, anclada en una estrategia de descalificación constante del oponente, es que la misma ha contribuido al desarrollo dentro de la cultura política de los venezolanos de inéditas orientaciones despectivas para asumir y gestionar la otredad, lo cual dificulta crear condiciones para el consenso político y social a cualquier nivel. Al respecto, son múltiples los espacios reales y virtuales de la sociedad venezolana donde se ha reproducido esta lógica discursiva, envolviendo tanto al ciudadano seguidor como opositor al proyecto de Chávez en la construcción de diálogos regidos por argumentaciones con un enorme contenido ofensivo hacia el respectivo interlocutor que es reconocido como contrario.

Por encima del componente de clase, que se le ha atribuido siempre al discurso revolucionario de Chávez, han proliferado otras formas estereotipadas para descalificar respectivamente al oponente, las cuales han llegado hoy en día a situarse en un plano muy pasional y grotesco donde la gran ausente parece ser la tolerancia. Mientras el propio presidente y la dirigencia chavista ha tipificado de manera ofensiva a los líderes de la oposición bajo la categoría de “disociados” y “vendepatria”, la dirigencia opositora ha caído también emular este mismo estilo discursivo al definir como “focas” y “cuatros” a los representantes oficialistas, lógica que a su vez se ha reproducido a nivel de la población donde además son de uso común y cotidiano las categorías “pitiyanquis” y “chaburros” como alteridades para discriminar mediante el insulto tanto a quien es, por un lado, simpatizante de la oposición, o por el otro lado, seguidor de Chávez.

El ambiente de confrontación permanente en todos los ámbitos de la sociedad venezolana ha tenido desde sus inicios una constante reapropiación de los símbolos patrios por parte tanto del chavismo como de la oposición

política, donde el primero y posteriormente la segunda se han embarcado, cada uno a su manera, en erigir una especie de cruzada contra su oponente y en la que ha habido un preocupante desplazamiento de la figura de adversario político a la de enemigo, como si se tratara de una guerra entre el bien y el mal que libran dos frentes que pudiesen ser completamente diferenciables en cuanto al estilo de gobernar que defienden. Sin embargo, este supuesto contraste entre ambos bandos se hace muy frágil cuando entre sus mensajes guerreristas, el presidente Chávez habla de un combate contra los vicios y fantasmas de la democracia de los partidos tradicionales, mientras en la práctica su proyecto bolivariano de revolución no ha distado mucho de la muy cuestionable forma de hacer política que predominó durante la hegemonía bipartidista de Acción Democrática y COPEI.

Mientras el proyecto político populista de la democracia de partidos, combinó el uso de un discurso de pueblo unido y único con el desarrollo de una estructura de tipo neocorporativa donde predominaba el clientelismo político y el compadrazgo como mecanismo de cooptación bajo un esquema de reparto de botín (en este caso de la renta petrolera) no limitado al bloque en el poder, el modelo populista chavista ha propiciado una polarización de la sociedad venezolana a partir de un discurso potenciador de diferencias políticas y sociales y del establecimiento de otras estructuras neocorporativas paralelas –a las fundadas durante la democracia de partidos- para gestionar un esquema de clientelismo y compadrazgo más cerrado y limitado al nuevo bloque en el poder así como a los seguidores de la Revolución Bolivariana.

4 Nuevos canales formales e informales de relación sociedad-Estado

En vez de avanzar en un cambio del pernicioso esquema populista-paternalista que se impuso con la democracia de los partidos tradicionales, los gobiernos de Chávez, bajo el discurso de la “democracia protagónica” del pueblo, han mantenido y recreado dicho esquema populista, modificando principalmente los patrones de redistribución de la renta proveniente de los ingresos petroleros mediante un proceso de desplazamiento, sustitución y reacomodo de beneficiarios. Para ello, la Revolución Bolivariana ha construido desde un comienzo una red de organizaciones e instituciones que sirvieran como “mecanismos revolucionarios del acceso popular a la renta” (González, 2006), los cuales más que alterar la estructura de clases de la sociedad venezolana en una dirección más justa han terminado por generar otras formas de exclusión social y política.

Entre las principales organizaciones e instituciones formales que conforman esta red revolucionaria de distribución populista de la renta se encuentran: las llamadas Misiones Sociales, los Círculos Bolivarianos, los Comités de Tierras Urbanas, las Mesas Técnicas de Agua, los Consejos

Comunales y las Brigadas Comunicacionales⁶. El progresivo surgimiento de estas organizaciones, unas con mayor penetración que otras en el tejido social venezolano, ha respondido más a objetivos políticos vinculados con el imperativo de Chávez de fortalecer el avance de la Revolución Bolivariana – mediante una orientación paternalista del Estado- que a los propósitos técnico-asistenciales enunciados en los respectivos documentos constitutivos de tales instituciones de carácter social.

Aunque por un lado, del conjunto de estos mecanismos creados para la distribución de la renta petrolera, las Misiones Sociales han llegado a tener un impacto muy positivo a nivel de los sectores más pobres, especialmente en materia de salud primaria y educación elemental, de otro lado, organizaciones como los Círculos Bolivarianos e instituciones informales como la “Lista Tascón”⁷ han llegado a desarrollar dinámicas muy excluyentes en cuanto al acceso de la gente –sin importar su nivel social- a los recursos que redistribuye el Estado, convirtiéndose más bien estas instituciones en entidades oficiales para la defensa del proyecto de revolución mediante el uso de la violencia, la coerción y la sanción contra aquellos no alineados o opositores al mismo.

A primera vista, cabría la posibilidad de considerar tales exclusiones políticas y sociales del proceso revolucionario venezolano como efectos colaterales del evidente y profundamente conflictivo cambio del bloque en el poder. Pero más allá de una lucha circunscrita sólo a nivel de elites, la dialéctica integración/diferenciación social, así como también política, se mueve a todos los niveles de la sociedad venezolana por las connotaciones de “patriota” o “traidor”, re-significadas por un discurso chavista que se ha valido de enarbolar el culto al Libertador Simón Bolívar y a su gesta independentista (Arena y Gómez Calcaño; 2005), construyendo así nuevas identidades y alteridades sobre la base de un discurso político que pese a su actualización y recreación bajo los parámetros del socialismo no deja de ser primitivo y chauvinista.

Dichas valoraciones, sin embargo no quitan los méritos a un discurso político que ha sido muy eficaz y exitoso para, a través de fragmentar la estructura social y política del país, restarle protagonismo a los sectores medios e impedir el ascenso de alternativas políticas alineadas a dichos sectores, los cuales quedaron bastante desarticulados después de optar por la vía de la movilización y la protesta de calle e incluso por la opción de golpe de Estado a mediados del segundo gobierno de Hugo Chávez, cuyo escenario

⁶ Una descripción sobre las características y los objetivos formales de estas organizaciones puede verse en: Barrera, 2003; Arenas y Gómez Calcaño, 2005; González, 2006; López-Valladares, 2008.

⁷ Después la convocatoria del referendo revocatorio presidencial de 2004, la lista de solicitantes fue hecha pública por Luis Tascón, para ese entonces diputado oficialista en la Asamblea Nacional. Esta lista, con los nombres de quienes apoyaron la realización de una revocatoria a Chávez, fue utilizada por funcionarios partidarios del Gobierno Bolivariano como base de datos para sancionar ciudadanos por su posición opositora. Ésta base de datos ha sido conocida en Venezuela como la «Lista Tascón».

de crispación y revuelta fue orquestado por una facción política opositora incapaz de poder enfrentarse con posibilidades de victoria, y a través de las reglas del juego democráticas, al liderazgo de masas alcanzado por Chávez mediante una radical gramática discursiva que puede sintetizarse en la máxima de *quien no esté conmigo está contra mí*.

Este axioma se ha venido materializando durante la Revolución Bolivariana en que todo aquel considerado traidor o enemigo de dicho proyecto sociopolítico queda sujeto a un cúmulo de restricciones para el acceso a importantes canales de redistribución de los recursos del Estado, entre ellos, empleo público, subvenciones, créditos, licitaciones y contrataciones, mientras aquellos leales al “socialismo bolivariano” o supuestamente comprometidos con el proyecto revolucionario chavista no tienen posibilidad alguna de disenso o crítica a la gestión gubernamental del propio proyecto ni mucho menos a contravenir las ideas básicas del mismo so pena de perder los beneficios con los que el gobierno premia a sus irrestrictos seguidores.

Mediante unas reglas de acceso o exclusión, donde el clientelismo no se orienta tanto “...como un incentivo para el logro de una ventaja, sino como amenaza de pérdida de un derecho...” (Gómez, 1997: 29), la Revolución bolivariana ha potenciado el clientelismo negativo como la forma de intermediación política de más valor en el marco de la relación competitiva de los actores sociales por la renta petrolera (Briceño León; 1990), que como rasgo estructural está presente en la realidad venezolana⁸. De esta manera, el mantenimiento de un comprobado compromiso –a través de las más diversas formas de apoyo- con el proceso revolucionario, principalmente de los empleados del sector público, se ha convertido en un requisito *sine qua non* para poder preservar sus derechos como trabajadores del Estado.

Nuevas y clásicas entidades del aparato estatal, a la que progresivamente se van sumando otras, producto de continuo proceso de nacionalización y estatización de empresas, ofrecen al gobierno revolucionario un amplio entramado institucional en donde poder desplegar dicho clientelismo negativo, el cual, sobre la base de la coacción de los cuadros burocráticos, busca por lo menos mantener el grado de apoyo social necesario que cierre el paso a cualquier posibilidad de avance electoral de los grupos y partidos opositores, ya que de lo contrario ello le restaría a la Revolución Bolivariana espacios estatales, por ejemplo, a nivel de gobernaciones y alcaldías, donde poder seguir utilizando los entes públicos como enclaves para la movilización de sus funcionarios a favor del proyecto socialista liderado por Chávez.

⁸ Para análisis en profundidad sobre las distintas orientaciones que buscan explicar la relación entre la renta petrolera y la estructuración de sociedad venezolana, véase: González Oquendo, Luis (2006) “Petróleo y cambio social como programa de investigación en Venezuela”. En *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XII, No. 3. Universidad del Zulia. pp. 476-495.

En su afán por ampliar las bases de apoyo social del proyecto revolucionario mediante el dominio del mayor número posible de las instituciones del país, el gobierno ha encontrado notables resistencias en el ámbito de las tradicionales organizaciones de la sociedad civil surgidas durante la época de la democracia bipartidista. Las dificultades que desde un principio tuvo la Revolución Bolivariana para hacerse con el control de toda la estructura neocorporativa (gremios empresariales, sindicatos, federaciones profesionales) heredada de la partidocracia, llevo en muchos casos al gobierno revolucionario a la promoción de nuevos organismos gremiales, profesionales e inclusive universitarios para reconducir parte de la intermediación del Estado con la sociedad a través de entidades afines al oficialismo, las cuales le ofrecieran al gobierno un canal institucional alternativo para gestionar el conflicto social que se pudiese gestar desde los gremios opositores al proceso revolucionario.

Como expresión de un supuesto “poder popular”, este conjunto de instituciones estatales y no estatales forjadas bajo el epígrafe de “bolivarianas” y a las cuales hay que sumar el creciente grupo de empresas del Estado de aparente base “socialista”, se constituyen en los lugares de centralidad desde donde el proceso revolucionario liderado por Hugo Chávez ha fundado y busca reproducir los principios ideológicos de su proyecto sociopolítico, cuya viabilidad, sin embargo, ha estado soportada por una colosal renta petrolera, redistribuida bajo criterios populistas que continúan potenciando una relación muy utilitaria y pragmática de la población con respecto a apoyar o no al gobierno en razón de cómo fuera el reparto social de esa renta, situación que paradójicamente no ha cambiado mucho de aquella era de la democracia venezolana en que gobernaron los partidos tradicionales.

Conclusiones

La mayoría de los esfuerzos en el análisis del discurso chavista han estado centrados en sus propiedades lingüísticas e ideológicas así como en los sujetos emisores del mensaje, descuidándose el estudio sobre los efectos que este discurso ha tenido en la población venezolana como sujeto receptor. Lo poco que se ha hecho con respecto a esto último, ha sido señalar su éxito como estrategia discursiva que ha contribuido a maximizar una movilización mayoritaria de las masas a favor del proyecto político de Chávez, pero sin entrar en profundidad a analizar aquellas secuelas sociales generadas directa o colateralmente como consecuencia del empleo durante más de diez años de este tipo de discurso por parte del Presidente y sus seguidores.

En un principio, la gramática discursiva de la Revolución Bolivariana contribuyó en gran medida a la repolitización de la población, despertando en la gente un interés por los asuntos públicos y un deseo de participar de forma activa en las soluciones que necesitaba el país para dejar atrás un período

bastante oscuro de crisis institucional. No obstante, superado el desencanto democrático en los primeros años del siglo XXI y aparcado el descontento político debido a las enormes expectativas generadas por el período transicional que proyectó el primer gobierno de Chávez, la sociedad venezolana entró en un clima de profunda polarización política, imbuida por el permanente discurso de radical confrontación, proveniente principalmente de la filas del chavismo.

La retórica populista del proceso revolucionario se ha diferenciado de la preexistente durante la época de la partidocracia, en enfatizar de manera negativa e irreconciliable las diferencias políticas entre quienes son afines al proyecto del presidente Chávez y aquellos que no lo son. Sobre la base de un agresivo discurso político descalificativo, han proliferado nuevas alteridades políticas caracterizadas por formas estereotipadas para denigrar al adversario, donde el llamado “poder popular” sólo queda reservado para los afectos al gobierno, siendo cualquier otra manifestación de los ciudadanos que no esté a favor de la Revolución Bolivariana catalogada como ilegítima por no representar los verdaderos intereses del pueblo.

El nuevo bloque en el poder surgido del socialismo bolivariano ha construido canales alternos para la distribución “revolucionaria” de la renta petrolera, potenciando una suerte de clientelismo negativo donde la disidencia para con el proyecto sociopolítico de Chávez acarrea enorme costos de exclusión de los beneficios manejados por el Estado. Paradójicamente, mientras a través de algunos de estos canales de distribución se intenta ofrecer una atención universal hacia la población, como es el caso de las Misiones Sociales, por otro lado, el gobierno revolucionario focaliza beneficios de empleo público, subvenciones y contratos con el sector público entre aquellos sujetos comprometidos y leales al proyecto socialista como forma de garantizar una gran base electoral sólida de cara a la siguiente cita electoral.

Lejos de una disciplina de partidos en la izquierda venezolana, el mantenimiento de la Revolución Bolivariana ha respondido a la larga a una apuesta electoral del ciudadano común por un modelo similar de distribución populista de la renta petrolera al usado anteriormente por los partidos tradicionales. De esta manera, las posibilidades futuras del Socialismo del Siglo XXI dependerán de que tan efectivo sea el gobierno de Chávez en el aumento y redistribución del gasto público, con lo cual se amplíe el espectro de sectores sociales, principalmente de clase media, que tengan oportunidad de poder satisfacer sus crecientes expectativas materiales dentro de un proyecto de revolución que según su discurso pretende sumar a todos por igual.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Nelson (2004). "Venezuela cultura y política en cuatro tiempos". En *Espacio Abierto*, Vol. 13, No. 2. Cuaderno Venezolano de Sociología. La Universidad del Zulia. pp. 203-228.
- Acosta, Nelson (2007). "El discurso democrático en Venezuela. Lógica de la diferencia y la equivalencia". En *Cuadernos para el Debate*, No. 1 y 2. Centro de Estudios Políticos y Administrativos. Universidad de Carabobo. pp. 148-157.
- Álvarez, Ángel (2008). "Venezuela: la revolución pierde su encanto". En *Revista de Ciencia Política*, Vol. 28, No. 1. Pontificia Universidad Católica de Chile. pp. 405-432.
- Aniyar, Lolita (2008). "Los crímenes del odio: discurso político y delincuencia violenta en Venezuela". En *Capítulo Criminológico*, Vol. 36, No. 2. La Universidad del Zulia. pp. 5-39.
- Arenas, Nelly y Gómez Calcaño, Luis (2005). "Los Círculos Bolivarianos: El mito de la unidad del pueblo". En *América Latina Hoy*, No. 39. Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 167-193.
- Arenas, Nelly (2007). "Poder reconcentrado: el populismo autoritario de Hugo Chávez". En *Politeia*, Vol. 30, No. 30. Revista del Instituto de Estudios Políticos. Universidad Central de Venezuela. pp. 23-63.
- Barrera, Luis (2003). "Discurso y comportamiento venezolanos: «Sociedad Civil» contra «Círculos Bolivarianos»". En *Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad*. Vol. 4, No. 3. pp. 57-76.
- Bolívar, Adriana (2001a). "El personalismo en la democracia venezolana y cambios en el diálogo político". En *Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad*, Vol. 3, No. 1. pp. 103-134.
- Bolívar Adriana (2001b). "El insulto como estrategia en el diálogo político venezolano". En *Oralia: Análisis del discurso oral*, No. 4. Universidad de Almería. pp. 47-74.
- Bolívar, Adriana (2008). "'Cachorro del imperio' versus 'cachorro de Fidel': los insultos en la política latinoamericana" En *Discurso y Sociedad*, Vol. 2, No. 1. pp. 1-38.
- Briceno León, Roberto (1990). *Los efectos perversos del petróleo*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas.
- Chumaceiro, Irma (2003). "El discurso de Hugo Chávez: Bolívar como estrategia para dividir a los venezolanos" En *Boletín de Lingüística*, Año/Vol. 20. Universidad Central de Venezuela. pp. 22-42.
- Colina, Carlos (2006). "Comunicación, diálogo e ideología en el sistema político venezolano". En *Razón y Palabra*, No. 51. <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n51/ccolina.html>. Consultado el 29/05/09
- Dávila, Luis (2002). "Lenguaje y poder político. Los dos cuerpos de la

- república”. En *Investigación*, No. 6. Revista del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico. Universidad de los Andes. pp. 56-57.
- De Erlich, Frances D. (2005) “Características y efectos del discurso autocentrado en aló presidente”. En *Boletín de Lingüística*, Vol. 17, No. 24. Universidad Católica Andrés Bello. pp. 5-10.
- Dieterich, Heinz (2002). *La democracia participativa. El socialismo del siglo XXI*. Ediciones Gara. Barcelona.
- Domínguez, Mariluz (2008). “La pobreza en el discurso del presidente de Venezuela, Hugo Chávez Frías”. En *Discurso y Sociedad*, Vol. 2, No. 2. pp. 297-329.
- Gallucci, María (2005). “Argumentación y funciones estratégicas del discurso político venezolano: el cierre de campaña de referéndum revocatorio presidencial”. En *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso*, Vol. 5, No. 2. pp. 49-75.
- García, José Guillermo (2003). “Izquierda y derecha en Venezuela: Nuevas fuentes de diferenciación ideológica”. En *Reflexión Política*, No. 10, Año 5. Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Colombia. pp. 136-151.
- García, José Guillermo y González Oquendo, Luis (2009). “Fortalecimiento de tendencias delegativas en la democracia venezolana durante la Revolución Bolivariana”. En *Diálogos Latinoamericanos*, No. 16. Latin American Center. University of Aarhus. Dinamarca. pp. 156-179.
- Gómez Calcaño, Luis (1997). “Ciudadanía, política social y sociedad civil en América Latina” En *Cuadernos del CENDES*, No. 36, Año 14. Universidad Central de Venezuela. pp. 11-34.
- González Oquendo, Luis (2006). “Política, renta petrolera y dialéctica integración/diferenciación social en el proceso revolucionario venezolano”. En *Actas del III Congreso Internacional de Gerencia en América Latina*, organizado por la Universidad del Zulia, Venezuela, noviembre de 2006.
- Hernández, María (2002). “Ausencia de diálogo y presencia de violencia en el discurso político venezolano en torno a la Ley de Tierras. Una aproximación semántico-pragmática”. En *Opción*, Año 18, No. 38. La Universidad del Zulia. pp. 103-125.
- Lazo, Jorge (2007). “Luchas hegemónicas y cambio político: el avance de la izquierda suramericana en perspectiva comparada” En *Colombia Internacional*, No. 66. pp. 96-119.
- León, Florelba y Romero, María (2008). “Construcción lingüística y discursiva de Bolívar y Zamora en los mensajes presidenciales venezolanos”. En *Opción*, Año 24, No. 57. La Universidad del Zulia. pp. 93-113.

- López Maya, Margarita (2007). *Ideas para debatir el Socialismo del Siglo XXI*. Editorial ALFA. Caracas.
- López-Valladares, Mirtha (2008). “Una estrategia de innovación política en Venezuela: Los Consejos Comunales”. En *Ra Ximhai*, Vol. 4, No. 3. Universidad Autónoma Indígena de México. pp. 559-579.
- Madrid, María (2000). “Los demonios del comandante (La violencia como estrategia discursiva)”. En *Akadosmos*, Vol. 2, No. 2. pp. 65-86.
- Méndez, Ana Irene y Morales, Elda (2001). “La democracia venezolana desde el discurso político de los líderes tradicionales” En *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 6, No. 14. La Universidad del Zulia. pp. 9-39.
- Molero, Lourdes. (1999). “Análisis de dos discursos del proceso electoral de 1998 bajo un enfoque semántico pragmático”. En Bolívar, Adriana y Kohn, C. (Compiladores), *El discurso político venezolano. Un estudio multidisciplinario*. Editorial Tropikos, Caracas. pp. 145-158.
- Molero, Lourdes (2002). “El personalismo en el discurso político venezolano. Un enfoque pragmático y semántico” En *Espacio Abierto*, Vol. 11, No. 2. Cuaderno Venezolano de Sociología. La Universidad del Zulia. pp. 291-334.
- Montero, José y Torcal, Mariano (2006). *Political disaffection in Contemporary Democracies. Social capital, institutions and politics*. Ed. Routledge. London.
- Peñañiel, Ricardo (2003). “Venezuela: un escenario político antagonista. El pueblo y la pobreza en el discurso de Chávez”. En *Versión*, No.13. Universidad Autónoma de México-X. pp. 143-185.
- Pino, Malin (2004). “El reconocimiento del otro como base del discurso democrático (o de la alteridad en el pensamiento de Fernando Mires)” En *Fermentum*, Vol.14, No.40. Universidad de los Andes. pp. 265-284.
- Pino, Malin (2008). “Derecho, arbitrariedad y democracia (o de cómo convivir en sociedad esos bárbaros que todos somos” En *Fermentum*, Año.18, No.52. Universidad de los Andes. pp. 381-406.
- Rey, Juan Carlos (2005). “El ideario bolivariano y la democracia en la Venezuela del siglo XXI”. En *Revista Venezolana de Ciencia Política*, No.28. Universidad de los Andes. pp. 167-191.
- Romero Juan (2005). “Discurso político, comunicación política e historia en Hugo Chávez” En *Ámbitos*, No. 13 y 14. Universidad de Sevilla. pp. 357-377.
- Romero, Juan (2006). “Algunas claves para comprender el discurso político de Hugo Chávez (1998-2004). En *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, Vol. 5, No. 1. Universidad Santiago de Compostela. pp. 199-214.
- Stavrakakis, Yannis (2008). *Lacan y lo político*. Editorial Prometeo. Buenos Aires.